

Orar, cuidar, compartir – Parte 2

El papel del cuidado de los demás en la evangelización

Pastor Tim Melton

Cuando escuchas los testimonios de otros cristianos, a menudo empiezan así: "Yo tenía un vecino... Había un compañero de trabajo... Conocí a un compañero de clase... Yo tenía un familiar..." Hablan de una relación que Dios usó para atraer a esas personas hacia Él. No es que una relación tenga el poder de traer a alguien a Cristo, porque eso solo puede hacerlo el Espíritu Santo, pero de alguna manera, Dios obró en las vidas de estos creyentes de tal forma que atrajo la atención del no creyente hacia Cristo.

Esta verdad la encontramos en Mateo 5:16: *"Así brille vuestra luz delante de todos, para que ellos puedan ver vuestras buenas obras y alaben a vuestro Padre que está en el cielo."*

Primero, Dios transforma nuestras vidas para que nosotros desinteresadamente podamos empezar a preocuparnos por los demás. Después, usa nuestro amor por los demás como una herramienta para atraer la atención del no creyente hacia Él.

Está escrito en 1 Juan 4:19: *"Nosotros amamos porque él nos amó primero."*

Nuestra preocupación y amor por los demás no se basa en la idea de que debemos hacer buenas obras, o de que somos lo suficientemente buenos para producir actos de amor. Se basa en la idea de que Cristo

vive ahora en nosotros. Nosotros solamente estamos mostrando el amor que Cristo ha hecho brotar en nuestros corazones. Es el desbordamiento natural del amor incondicional que Dios tiene por nosotros.

A través de Cristo, nuestras vidas se transforman para que amemos a nuestros enemigos, perdonemos a los que nos han ofendido, demos a los necesitados, bendigamos en vez de maldecir, llevemos mutuamente nuestras cargas, e incluso entreguemos nuestra vida por los demás. A medida que un amor sobrenatural por los demás eche raíces en nuestras vidas, el mundo verá que somos diferentes. Esto hará que los no creyentes pregunten por la razón por la que vivimos y la esperanza que tenemos. Jesús será proclamado y atraerá a la gente hacia Él.

Juan 13:34b-35 dice, *“Así como yo os he amado, también vosotros debéis amaros unos a otros.”*³⁵ *De este modo todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros.”*

Dios usa nuestro amor por los no creyentes para hacer brillar su luz y mostrarse a ellos. Adicionalmente, las Escrituras nos dicen que el amor y el cuidado que ponemos hacia otros creyentes es también una clara señal para el mundo no creyente de que pertenecemos a Cristo. Esto es especialmente cierto en Iglesias multiculturales como la nuestra. Al mundo le cuesta mantener la paz entre diferentes grupos étnicos, pero a medida que crecemos en nuestro amor por los demás, el mundo tomará nota de que estamos con Jesús. Ellos no podrán atribuir nuestro parecido a Cristo a nuestra cultura o país de origen. Solo Él recibirá el reconocimiento y la gloria.

La única razón por la que somos llamados a morir a nosotros mismos y ayudar a llevar la carga de los demás es porque Cristo vive en nosotros. Nuestras buenas acciones no tienen el poder de guiar a nadie hacia Cristo. Solo el Espíritu Santo puede condenar al pecado, dar a conocer la buena nueva acerca de Jesús y otorgar fe a un corazón pecador. Nuestra atención y cuidado es únicamente una herramienta en las manos de nuestro Salvador.

El amor de Cristo, que engendra amor hacia el prójimo, se aprecia en varias partes del evangelio. En **Lucas 19:1-9** se cuenta la historia de un hombre llamado Zaqueo. Era recaudador de impuestos. En su tiempo era considerado un traidor y un ladrón. Jesús lo encontró y fue a comer a su casa. En el proceso, Zaqueo se convirtió en creyente y seguidor de Cristo. Como respuesta al amor y perdón que Zaqueo encontró en Cristo, se puso de pie ante sus invitados y proclamó: *“Mira, Señor: Ahora mismo voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes, y si en algo he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces la cantidad que sea.”* *‘Hoy ha llegado la salvación a esta casa’—le dijo Jesús.”*

Este es el tipo de cuidado que resulta de experimentar el amor de Cristo de primera mano. Dios usa vidas transformadas como esta para atraer a las personas hacia Él. La respuesta de Zaqueo seguramente llevó a que la gente se preguntase qué es lo que le hizo cambiar la vida de una forma tan dramática, y dirigió a muchos hacia Cristo.

La vida del **apóstol** Pablo hizo lo mismo. Primero se le conocía por perseguir a los cristianos. Después encontró a Cristo en una visión y su vida entera cambió. El odio hacia los cristianos que había sentido antes fue transformado dramáticamente en amor por Cristo, la iglesia y todos aquellos que se encontraban perdidos y con necesidad de Cristo. Le importaban tanto los que estaban perdidos, que con tal de compartir el evangelio estaba dispuesto a afrontar cualquier dificultad: *“De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno.”*²⁵ *Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado;*

tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he sido náufrago en alta mar;²⁶ en caminos, muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos;²⁷ en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez.²⁸ Y además de otras cosas, lo que sobre mí se añade cada día: la preocupación por todas las iglesias.” (2 Corintios 11:24-28)

Su amor y preocupación por la gente le hicieron estar dispuesto a sufrir, si era necesario, para que pudieran escuchar el evangelio y ser salvados. El amó porque Cristo lo amó primero a él.

Por favor, comprended de qué estamos hablando hoy. Es más que ser amigable, diplomático y ayudar a los demás cuando es conveniente. Se trata de negarse a sí mismo, de soportar las cargas de otros y poner a los demás antes que a nosotros mismos. Es el mandamiento más importante de Jesús: *“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente” —le respondió Jesús—. ³⁸ Éste es el primero y el más importante de los mandamientos. ³⁹ El segundo se parece a éste: ‘Ama a tu prójimo como a ti mismo.’⁴⁰ De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.”* Mateo 22:37-40)

Es amar a Dios y luego amar a los demás como Él nos amó. Esa es nuestra llamada como creyentes, *“Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado”* (Juan 15:12). Y, ¿Cómo nos ha amado Jesús? Negándose a sí mismo y muriendo en la cruz. Era pura abnegación y amor incondicional. No basado en quienes somos, sino en quien es Él.

Mientras pensamos en el cuidado y amor a los demás, ayudaría si hacemos una pausa por un momento y hablamos de arrepentimiento. Muchas veces en las Escrituras se nos dice que para ir a Cristo debemos arrepentirnos y creer, pero, ¿qué es el arrepentimiento? El arrepentimiento es un completo cambio de mentalidad, una manera totalmente diferente de pensar. Es Dios llevándonos a un punto en nuestras vidas en el que finalmente nos damos cuenta de que los caminos egoístas del mundo están vacíos, y que los caminos de Cristo otorgan vida. Donde elegimos poner toda nuestra confianza en Cristo. Como ya hemos mencionado anteriormente, es Zaqueo renegando del dinero, la ambición, el poder y el egoísmo, y abriendo paso a la honestidad, generosidad, reconciliación y servicio. Zaqueo experimentó el amor y perdón de Jesucristo y encontró que el mundo tal como él lo conocía era una completa farsa. El dinero no era el tesoro más grande. Vivir para sí mismo no era la mejor manera de vivir. Confiar en sus propias habilidades para satisfacer sus necesidades no era suficiente. Vivir para el placer no podría silenciar la conciencia que lo atormentaba. Vivir para el presente no era nada comparado con vivir para la eternidad. Amarse a sí mismo era algo vacío, ahora que él había llegado a amar y ser amado por Cristo. Zaqueo había escapado de la falsa realidad de su mundo y ahora vivía en la realidad de Dios. Zaqueo ahora amaba porque Cristo lo había amado a él primero, y eso cambió todo. Lo mismo debería ocurrir con nuestras vidas.

Amar como Cristo es darse uno mismo a los demás como una forma de vida. El Evangelio en nuestras vidas debería llevarnos a una vida que pone a los demás primero. No debemos únicamente predicar acerca de Cristo crucificado, sino que debemos vivir a Cristo crucificado, conectando claramente la realidad de la cruz con la forma en que vivimos ahora.

Si estamos en Cristo debemos orar para que Dios provoque en nuestros corazones un amor como el que Cristo tenía. **Debería ser un amor que impregne cada parte de nuestras vidas.** Un altruismo que ponga a los demás antes que a nosotros mismos. Desde las acciones más simples, como ceder tu asiento en el metro, ceder tu turno en la fila del restaurante, o dejar tu puesto jugando al fútbol para que alguien más pueda jugar. Donar dinero, acercarte al que está solo, o dedicar tu tiempo a alguien que lo necesita. Acompañar a alguien en medio de la tragedia, adoptar a un niño necesitado, o cambiar tu carrera para que tu vida se alinee con las prioridades de Dios. Es poner las necesidades de tu cónyuge antes que las tuyas. Es reservar tiempo de calidad con tus hijos. Es vivir más sencillamente, de forma que puedas tener dinero para ayudar a otros. Es la voluntad de ayudar a otra persona, aun cuando sepas que eso hará tu vida mas complicada. Es amar a los demás más que a ti mismo, por su salvación y por la Gloria de Dios.

Eso nos lleva de vuelta a Mateo 5:16: ***“Así brille vuestra luz delante de todos, para que ellos puedan ver vuestras buenas obras y alaben a vuestro Padre que está en el cielo.”***

Si queremos ser usados por Dios para que más gente llegue a conocer a Jesucristo, primero debemos orar por nosotros mismos. Que Dios nos revele claramente nuestros pecados y su perdón. Que su amor hacia nosotros se convierta en amor hacia los demás. Que nuestros corazones se acongojen por los no creyentes de nuestro alrededor. Que nos tomemos en serio la imperiosa necesidad de salvación que tiene el mundo. Que nos acerquemos a Cristo, que satisfagamos nuestras necesidades en Él, y que seamos empujados a compartir su buena nueva con los demás... sin importar el coste.

Que el amor de Cristo sea evidente en vuestras vidas, y que la gente se vuelva a Cristo mientras amamos como Él amó.

Santiago 3:13-18 - ***“¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Que lo demuestre con su buena conducta, mediante obras hechas con la humildad que le da su sabiduría. ¹⁴ Pero si tenéis envidias amargas y rivalidades en el corazón, dejad de presumir y de faltar a la verdad. ¹⁵ Ésa no es la sabiduría que descende del cielo, sino que es terrenal, puramente humana y diabólica. ¹⁶ Porque donde hay envidias y rivalidades, también hay confusión y toda clase de acciones malvadas. ¹⁷ En cambio, la sabiduría que descende del cielo es ante todo pura, y además pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera. ¹⁸ En fin, el fruto de la justicia se siembra en paz para los que hacen la paz.”***

Demasiado énfasis en “cuidar” a los demás también puede buscar darnos más influencia en el proceso evangelizador de lo que es posible. La salvación viene a través de la palabra de Dios. Nuestro estilo de vida únicamente es un instrumento que Dios usa para acercar a la gente a Él.

No hay duda de que nosotros, como cristianos, estamos llamados a la piedad, a las buenas obras, a amar a nuestro prójimo y también a atender a los necesitados. Y es obvio que la falta de estas cosas puede poner en duda la sinceridad de nuestra profesión de que somos embajadores de Cristo en un mundo perdido. Pero, sea cual sea el mérito que nuestro propio estilo de vida pueda transmitir, no es nuestro mérito el que proclamamos. Más bien, nos proclamamos pecadores e hipócritas de la peor clase, y les decimos a otros que esta condición necesita un remedio y que el único remedio fue y continúa siendo la sangre del Hijo de Dios. Para decirlo con más claridad, no predicamos a nosotros mismos (como buenos) crucificados, sino a Cristo crucificado.

"Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz⁹ (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad)." Efesios 5:8-13

Gladys Aylward (1902-1970), hija de un cartero, nacida cerca de Londres, se convirtió al cristianismo a los dieciocho años de edad. Mientras trabajaba como sirvienta, puso su corazón en China.

La forma como compartió el amor de Cristo en Yangchen fue proclamando a Cristo a través de sus acciones y conducta. Antes de terminar su ministerio en Yangchen, el Mandarín, que era la autoridad oficial del gobierno en esta ciudad, se acercó a ella y le dijo: *"Desde que llegaste a Yangchen, he estado observando tu misión. He visto como te preocupas por mi pueblo. ¿Aceptaría tu Dios el corazón solitario de este Mandarín? Porque le he visto tan claramente en ti, en tus acciones, en tu conducta. Que tu Dios sea mi Dios y que Él nos cuide."* Viviendo una vida de fe, Gladys Aylward compartió el evangelio de tal manera que el Mandarín pudo recibir su buena nueva.

Joni Eareckson Tada and PCS

<http://www.joniandfriends.org/radio/5-minute/love2020/>

Hola, soy Joni Eareckson Tada, y tengo una gran idea para compartir el amor de Cristo.

Puedo hablar desde mi propia experiencia, porque así fue como la gente empezó a compartir el amor de Cristo conmigo cuando acababa de ingresar, herida, al hospital. Dejarme contar cómo lo hicieron. Primero, fue la oración. Cuando me rompí el cuello, ahora sé que al menos tres o cuatro grupos de oración se formaron con el único propósito de orar por mí, entonces una adolescente con el cuello roto. Esos grupos oraron contra la depresión y el desánimo; la gente oraba para que no sucumbiera al resentimiento o la amargura. Después oraron para que mi corazón se abriera a la palabra de Dios, así como a su aliento. De modo que la oración fue la primera forma de compartir el amor de Cristo.

Luego, después de la oración, la idea era cuidarme. Cuando muchos de esos amigos me visitaban en el hospital, traían sus guitarras, sus discos, compraban pizza o revistas de adolescentes. Recuerdo una

amiga arreglándome las uñas durante una visita al hospital; otra trajo un libro de poesía. La señora Miller, bendito sea su corazón (era la madre de una compañera de clase), vino con unas galletas de azúcar recién horneadas. Esos cristianos ponían en práctica la oración y después las atenciones. Finalmente, después de orar y cuidar, hay que compartir. Cuando esos amigos abrieron sus Biblias, ya se habían ganado el derecho a ser escuchados. Yo estaba ansiosa y lista para escuchar, porque las oraciones y sus atenciones habían ablandado mi corazón.

¿No es esa una gran estrategia para entregar el amor de Cristo a alguien? Orar, cuidar y luego compartir.

Sabes, cuando miro atrás a la época cuando quedé paralizada, sí, estaba sufriendo mucho. Estaba confundida y deprimida, estaba en el límite. Podría haber tomado cualquier dirección. Y todo lo que necesitaba era a alguien que se ofreciera a orar por mi, luego cuidarme, y después compartir a Jesús conmigo. ¿Y sabes una cosa? Me dio la vuelta en la dirección correcta. Fui capaz de dirigir mi dolor a la dirección correcta, hacia Dios, hacia su palabra, su esperanza y ayuda.

Un gran ejemplo de este principio se puede encontrar en el libro de Eric Michael Bryant, *Peppermint-filled Piñatas*.

En los días en los que servía junto a un grupo de jóvenes en Seattle, Christy, una chica nueva en nuestra comunidad, nos invitó a su fiesta de su 16 cumpleaños –una invitación que nos hizo de pasada cuando se fue de un evento una noche, lo que hizo que pareciera casi como una idea de última hora. Al acercarse el día, Debbie sintió que debíamos ir, pensando que sería una muy buena forma de conocer más a Christy y a sus padres. El padre de Christy fue el que primero que la llevó a uno de nuestros eventos de jóvenes, para disgusto de la madre, que no quería que Christy tuviera nada que ver con la iglesia. Sin embargo, decidimos entrar en ese entorno hostil. Llenando el coche con tres adolescentes, condujimos a la pista de patinaje y llegamos solo unos minutos tarde. Globos, serpentinas y una tarta decoraban ese momento festivo. Aunque asumimos que el resto de invitados estaban en camino, puesto que la mesa estaba puesta para treinta personas, cuando entramos estábamos un poco sorprendidos de que fuéramos las únicas personas, junto a Christy y sus padres. Pasaron treinta minutos, después una hora, pero nadie más apareció en la fiesta (tres chicos se asomaron, pero solo para desearle un feliz cumpleaños mientras se dirigían a otro evento). Recuerdo haber mirado a Debbie en mitad de la fiesta, y agradeciéndole que hubiera insistido en ir, y dando gracias por haber llevado a otras tres personas más. Para el final de la fiesta, todos nos habíamos divertido jugando a videojuegos, cayendo sobre el hielo mientras patinábamos juntos, y comiendo tarta (¡vaya si comimos tarta aquel día!). Pero lo más importante, nunca olvidaré la respuesta de su familia. Unas semanas después, Julie, la madre de Christy, que la había hostigado y reprendido por ir a la iglesia, se sentó en el sofá de la sala de los jóvenes, envuelta en lágrimas. Julie había decidido seguir a Cristo. Curioso por la razón de un cambio tan dramático, le pregunté a Julie qué la había llevado de burlarse de Christy por involucrarse en la iglesia a ahora desear la misma relación. A través de sus lágrimas me miró a mí y a Debbie, y me dijo: “Cambié de opinión acerca de Dios y los cristianos porque vinisteis a la fiesta de mi hija.” Asombrado y en silencio, le agradecí a Dios no habernos perdido este momento. De hecho, cambió la forma como

vemos las invitaciones de aquellos de alrededor nuestro. Si recibimos una invitación de alguien para ir a ver su obra de teatro en la escuela, y coincide con el día en que nuestro grupito se reúne, no solo nos perdemos la reunión de grupo, sino que invitamos al resto del grupo a unirse a nosotros. Necesitamos renunciar más a menudo a nuestra agenda para poder hacer sitio a más aventuras espontáneas con los demás. Necesitamos buscar a aquellos que necesitan un abrazo. Necesitamos apagar nuestros televisores y pasar más tiempo en los cafés. Básicamente, necesitamos reorientar nuestras vidas para empezar a invertir en la gente que ya conocemos y en aquellos que necesitan un amigo.